

**IBÁÑEZ LLUCH, Santiago (ed.)** *Sagas legendarias islandesas: Saga de Odd flechas, Relato de Toki Tókason, Saga de Hálfðan ahijado de Brana, Saga de Illugi ahijado de Gríd, Genealogías*, Madrid, Miraguano, 2017, 356 págs.

SERGIO FERNÁNDEZ MORENO  
*Universidad Autónoma de Madrid*

---

Desde hace ya algunos años, Miraguano Ediciones se ha convertido en la editorial de cabecera para todos aquellos lectores que, a pesar de ser desconocedores del antiguo nórdico, están interesados en la literatura islandesa medieval. Como es usual en esta colección, las traducciones de Santiago Ibáñez Lluch –editor de títulos como *Sagas islandesas de los tiempos antiguos* o la *Saga de Hrólfr el Caminante*– no se limitan a trasladar al castellano la materia narrativa que ofrecen sus historias, sino que tratan de ceñir su prosa a los orígenes orales de la saga, ofreciendo, además, a través de un riguroso aparato crítico, informaciones complementarias que ayudan al lector a comprender diversos aspectos de la cultura y sociedad nórdicas del Medievo.

En este sentido, resultan especialmente interesantes las notas que, en este volumen, brindan al lector una aclaración léxica o etimológica, necesaria en tanto en cuanto sirve para exponer datos relevantes para el contenido de la narración, o bien

arroja luz sobre cuestiones culturales más complejas. Así, en la *Saga de Illugi ahijado de Bríd*, Ibáñez Lluch emparenta, por ejemplo, el nombre de la gigante con un sintagma que remite al carácter elemental y primitivo de estos seres tan frecuentes las *fornaldarsögur* (o «sagas legendarias»):

Gríd es el nombre de una gigante, madre de Vídar, que regala a Tor su cinturón de fuerza [...]. Su nombre puede designar también a las gigantas por antonomasia. El término es difícil de explicar. Aparece en el sintagma *gríðar skap*, «carácter violento», y podría interpretarse también como «conmoción» (290).

Era común en la antigua cultura nórdica este tipo de juegos en que los nombres, lejos de tener una relación arbitraria con su referente, tienden a expresar una cualidad del mismo. En este sentido, el editor se esfuerza por reflexionar también sobre los motivos de la selección de un término y no de otro a la hora de traducir los «nombres parlantes» (249) del antiguo islandés:



De modo que *Örvar-Oddr* podría traducirse por «Punta de Flecha» si se interpretara *örvar* como genitivo de *ör*. La misma forma *örvar* puede ser nominativo plural y, dado que *Oddr* es bastante frecuente como nombre propio, hemos preferido recogerlo como Odd Flechas, transcribiendo *Oddr* como nombre propio y vertiendo *Örvar* como apodo, de acuerdo con lo expresado en la misma saga (13).

En el caso de este último personaje, la forma de verter el apodo al castellano es importante porque destaca, sobre otros, algunos rasgos concretos del protagonista. En el género de las *fornaldarsögur*, como demuestra este volumen, es frecuente la amalgama de componentes históricos, mitológicos y legendarios; y en concreto la *Saga de Odd Flechas* --cuya traducción ocupa más de la mitad del libro-- recoge dos regalos determinantes en la vida del héroe: las Gusisnautar, obra de los enanos, y las flechas con punta de piedra que Odd recibe del viejo Jólfr. Estos presentes, unidos a la destreza del personaje con el arco, otorgan al protagonista la victoria en diversos conflictos; de ahí que el traductor haya optado por mantener el nombre propio Odd, que significa «punta», y trasladar al castellano el epíteto, cuyo plural «flechas» remite tanto las habilidades del héroe como a los regalos

mágicos que le ayudan a salir airoso de sus numerosas aventuras.

Por otra parte, también la *Saga de Hálfðan* y la *Saga de Illugi* abundan en motivos procedentes del mito o la leyenda, amén de presentar rasgos en común con la primera narración recogida en el libro. Esto hace que cada uno de los relatos se integren a la perfección en un tomo que nunca deja de destacar el papel que trolls, gigantes y ogresas, tuvieron en la literatura nórdica, no solo como enemigos, sino también como asesores de los personajes, hasta el punto de que aquellos monstruos llegan a yacer y a tener una recia y fructífera descendencia con los protagonistas de las sagas. Buena muestra de ello la ofrecen las peripecias de Odd Flechas, cuya relación con la gigante Hildigunn concede al arquero la compañía de su hijo Vignir para enfrentarse al demonio Ögmund (158); o la historia de Illugi, que se entrega cariñosamente a Hild, hija de Grídr, y engendra al afamado Ásmund de Gnod, digno heredero de sus hazañas y futuro «protagonista de la *Saga de Egil el Manco y Ásmund Matador de Berserkir*» (299), tal y como apunta Santiago Ibáñez Lluch.

Porque otra de las virtudes del editor es su plena conciencia de vínculo que mantienen unas sagas con otras,



no solo ya en cuanto a las relaciones de parentesco de sus protagonistas, sino también en lo que se refiere tanto al origen poético de algunos de sus pasajes como a la reproducción de sucesos con características comunes. Es el caso de los pasajes cómicos que aluden al atuendo ridículo de las ogresas y que, en consecuencia, permiten asimilar la *Saga de Illugi* con la *Saga de Thorstein Víkingsson*; o bien resultan evocadores de ciertos episodios en que la vestimenta de estos seres «remite a su moral laxa y distraída» (291), como ocurre, según Ruch, en la *Möttuls saga* o «*Historia del Manto*».

En otros momentos, el aparato crítico del libro llama la atención sobre la enorme variedad de influencias que enriquecen el relato nórdico original, cuya ascendencia remota no impidió que futuros copistas y refundidores introdujeran cambios con arreglo a las manifestaciones literarias del momento. No hay que olvidar que, por ejemplo, el anónimo autor de la *Saga de Odd Flechas* «intenta reconstruir el pasado glorioso y legendario de la época vikinga y pagana a un auditorio cristianizado y perteneciente a otro tipo de sociedad» (11-12). De ahí que el protagonista participe repentinamente en un torneo de justa (205); o que se bautice, como Jesucristo, en las aguas del río Jordán, algo que sin

duda hubiera resultado llamativo en época pagana: «Va ahora de país en país y llega finalmente al río Jordán. Se quitó todas sus ropas y su camisa. A continuación se metió en el río y se lavó a su gusto. Sale del río y se pone su camisa, que conservaba todas sus propiedades como antes» (141).

Es éste, pues, un libro de enorme interés no solo por la amenidad de su prosa sino también porque la arquitectura de sus narraciones resulta un vivo reflejo de los procesos de cristianización y consiguiente cambio social que durante la Edad Media vivió una cultura enraizada, hasta hacía pocos siglos, en el paganismo. Bajo la apariencia de «noble pagano», de «individuo que ignora la doctrina cristiana, pero que posee por naturaleza un alma cristiana» (14), el protagonista de la *Saga de Odd* experimenta, por ejemplo, una evolución cuya etapa final remite claramente al dios principal del panteón nórdico: Odín. De ser un rico y afamado vikingo, el héroe pasa a ser un vagabundo refugiado siempre bajo su sombrero: una suerte de peregrino cuyos conocimientos corren eternamente parejos a su dolor por la pérdida:

Pensaba que no debería haber arriesgado a sus hermanos adoptivos luchando contra Ögmund, porque le



pareció haber recibido de él grandes daños. Decidió entonces escaparse solo en mitad de la noche. Se busca transporte cuando lo necesita, pero a veces va por bosques y forestas y marcha por caminos entre altas montañas (169).

Poco sabemos, no obstante, de la psicología de los personajes en estas narraciones, más centradas en recrear los acontecimientos que en profundizar en la motivación interna de sus protagonistas. Se aprecia en este sentido la comprensión con que el editor afronta la traducción de un género desconocido por buena parte del público lector. A lo largo de todo el libro Ibáñez Lluch hace gala de un interés genuino por encontrar la fórmula que vierta exactamente al castellano los giros del estilo concreto y directo de las sagas, lo que le lleva a incorporar expresiones que anuncian la importancia de contenidos a continuación descritos

(«Ahora hay que decir [...]», 275), o bien a introducir frases en estilo directo sin apelar a la utilización de verbos *dicendi*: «Entonces dijeron que Odd debía quedarse con todos los anillos, pero él no quiere, “guardáoslos vosotros mismos”» (182).

En suma, esta publicación de Miraguano Ediciones reúne todos los componentes para ser un referente tanto a nivel académico como para el lector poco especializado: a la traducción meticulosa y fiel al espíritu del original hay que sumarle un extenso aparato crítico con el que se adquieren las herramientas necesarias para adentrarse en el remoto mundo de los vikingos. Un mundo que, gracias a la labor de estas publicaciones, está cada día más cerca de los lectores hispanohablantes, a pesar de que, como Jorge Luis Borges señalaba, esas historias no hubieran sido menos maravillosas y efímeras que las de los sueños.